

## CARTA A UN POETA JOVEN

Me honra usted, amigo mío, con un encargo peliagudo al encomendarme sus "inéditos" o primicias, exigiéndome, en justa reciprocidad, no un cómodo y lisonjero parabién, una cortés reserva o una opinión atenuada, sino el "juicio absoluto" que los iniciales brotes de su sensibilidad me merecen. Bueno. También eso del "juicio absoluto" es algo relativo. Pero acepto la responsabilidad de hablarle verazmente, porque su pretensión es equitativa y supone un canje legítimo. Usted, en efecto, me ofrece la verdad de que dispone: su voluntad o decisión lírica, esto es, sus poemas. Y exige de mi parte una aportación equivalente. Vaya, pues, con el rigor y escrúpulo debidos, y en virtud de este pacto de sinceridad mutua, la verdad —relativa, subjetiva— de que dispongo.

Usted, hoy por hoy, vive felizmente su poesía. Esta gracia transitoria, que conceden los dioses en rápido usufructo, debe colmarle de ventura. Vive usted, quizá sin saberlo, el ciclo más dichoso de su vida poética. Acapara usted egoístamente, y no obstante su generosa intención de compartirlo y repartirlo, todo ese caudal de intuiciones maravillosas que su juventud alumbraba. En otras palabras: su poesía de hoy atraviesa la zona más absorbente de su personalidad; mana para usted solo; es aún intransferible.

No se apesadumbre ni acepte como reproche esta realidad inequívoca, nuncio feliz de un porvenir próximo que ha de defraudarle íntimamente al enajenar lo que aún hoy supone usted bien propio, inalienable maravilla. Si usted persevera en su doloroso menester, y le asisten los dioses, advertirá usted cómo la esencia comunicable de su alma, al transferirse íntegramente a los demás, deja de ser suya, se independiza un punto, para sumirse luego en plurales identificaciones que la apartan de usted, ajenándola. Anticipese usted a este dolor inevitable, para hacerse a él, no para intentar esquivarlo, porque al verdadero poeta no le es posible eludir los dones de la fatalidad.

La poesía también es oficio. Todo aprendizaje fervoroso vive la fruición y superación de la dificultad. Ante todo, hay que hacerse con la técnica, esforzarse en la doma de los vocablos. El Poeta —con mayúscula— ha de señorear las huestes de su idioma, la rebeldía del ritmo y la repugnancia al cabal maridaje que

manifiesta la rima. Ningún molde tradicional, clásico —soneto, décima, octava real, cuarteto, silva —es recusable. Al aprendiz inteligente no le es lícito fingir ese cómodo desdén que los burriecillos de la falsa modernidad simulan hacia esos moldes o continentes clásicos, arquetipos de los que ellos no saben obtener ni desmedradas réplicas. Usted no incurrirá nunca en tan estúpido y mendaz alarde. La maestría auténtica no se logra con jactancias e ignorancias. Ante todo, hay que saber, y luego en sazón oportuna, olvidarse de lo sabido, saber olvidar. El sarampión de la retórica se ha de pasar a tiempo, en los días fervorosos de la iniciación literaria. Le urge a usted, pues, adquirir cuanto antes esa pericia retórica —impersonal decir perfecto— que es legítimo usufructo de belleza múltiple, y eliminarla después en coyuntura propicia, esto es, cuando usted se posesione, con títulos válidos, de su lograda individualidad poética. Los prolegómenos del oficio tienen también su parte árida, difícil, sobremañera penosa. Hay que dejarse poseer para poseer luego. Voluntaria o involuntariamente, los iniciales conatos de expresión propia no nos pertenecen: son afanosos ejercicios de sugestión mimética, decir reminiscente, puros ecos. Se aprende a escribir como se aprende a hablar: repitiendo y deformando las palabras ajenas.

No eluda usted, pues, ahora la amistad de los clásicos. El poeta bisoño no debe tender, naturalmente, a la copia servil ni al *pastiche* vergonzante. No debe moverle el propósito de remedar a sus maestros. Pero como fatalmente, y en contra de su propósito, los remeda, el comercio de los clásicos, y no la fruición exclusiva de los modernos, es necesidad perentoria en la formación o integración de todo numen.

El don poético por excelencia es el don de la nitidez o de la precisión. Porque nitidez vale tanto como precisión. ¿Vaguedades? Vagancias. Me importa repetir a usted algo que ya dije: "La vaguedad poética es vagancia. Un poeta vago es siempre un poeta vago. Y viceversa". Pero ahora se estila eso de la vaguedad. Lo inefable se confunde con lo borroso. No hay mozalbeta que no aspire a detentar como escritor el título de "Príncipe de las Tinieblas". Pues bien: sáquese usted a luz siempre que le sea posible.

Por último, abordo temerosamente el tema más arduo: el tema o problema de la vocación, que es nada menos que el punto sensible —o neurálgico, como ahora se garrapatea— de todo es-

tímulo naciente, aún irresponsable. A propósito de la vocación de usted, el tiempo ha de decir la última palabra. Por mi parte, le transcribo algo que ya dije a otro escritor joven desde estas mismas columnas: "El autor mozo que pueda coercer su vocación literaria, domeñando sus ímpetus inefables, obrará cuerda-mente si la arrincona o confunde. Este intento es la piedra de toque. Hay que precaverse contra las "falsas tendencias". Además, la vocación literaria es inalienable martirio. El escritor auténtico se convierte en un plural enajenado, que sólo dispone para ganar su vida de su propio dolor. El arte es dolor consciente, y no deporte. Con un criterio deportivo, despreocupado, de apetencias frívolas, sólo se pueden acometer tentativas mediocres. Amplia envergadura equivale a dolor amplio. Hondo hallazgo vale igual que sufrimiento profundo".

En cuanto a su libro inédito de hoy ¿qué he de decirle? Permítame usted que le reitere la cronológica y hermética recomendación horaciana. Conserve usted ese libro: pero consérvelo al margen de su vida, precintado absolutamente por un olvido firme. Trabaje en otro, zafándose de cuanto puede significar el ya conseguido. Así escribirá, conservará y olvidará usted varias obras. Luego, en su día, al romper los rigurosos sigilos, sabrá usted a qué atenerse. Y dará usted a la estampa una obra indiscutiblemente suya. Entre tanto, esas otras actividades útiles a que usted se consagra ejercerán la providente función mecánica de sustentarle física y moralmente. Su libro inédito acredita una sensibilidad dolorosa, de poeta. Posiblemente, el nombre de usted, feliz hoy en su fervorosa penumbra, romperá también los sigilos del anónimo y será un nombre extenso, conocido, como usted ambiciona. Crea usted, amigo mío, que no me resuelvo a felicitarle.

**GERARDO RIVERA**